

Repito lo dicho: el libro es digno de aprecio y vale mucho, sobre todo como señal y prenda, y el autor vale todavía más, claro está, que este primer libro, y lo ha de probar cumplidamente en los venideros.



CRÓNICA LITERARIA

EN un mismo día fué recibido el señor Barbieri en la Academia Española y se le hizo á D. José Velarde en el Ateneo honroso funeral.

El discurso de D. Francisco Asenjo Barbieri versó sobre *La música de la lengua castellana*. Tratándose de esta clase de música, no será atrevimiento disentir del parecer del nuevo académico, que conceptúa nuestra lengua nacional musical en alto grado. Dice Barbieri: "Lo primero que llama la atención y causa extrañeza á todo extranjero que pisa nuestro suelo es el tono con que nos expresamos hablando en voz alta, como prueba, no sólo de nuestro carácter meridional y vehemente, sino también de que nuestra lengua es tan rica de sonidos y tan ampulosa, que por esto, sin duda,

la califica un escritor francés de lengua de oradores., Esa impresión de extrañeza la he notado yo, sin ser extranjera, en mí misma, al regresar de Francia, de Italia, de Alemania; la lengua española lastimaba los oídos; me parecía dura, recia, llana, apenas matizada ni flexible, en comparación de las que acababa de habituarme á oír. Mi propio dialecto de Galicia es de más varia y melódica condición; adáptase divinamente al canto, y los que acostumbramos á su dulzura la garganta, sufrimos siempre cierta aspereza al plegarnos á la fonética castellana é intentar perder el dejo ó caída gallega. Otros provincianos no son tan escrupulosos, y oímos á los oradores andaluces discursos sope-teados, discursos sorbidos y discursos roncados. ¿No le dice algo al Sr. Barbieri ese hecho significativo, que él mismo nota, de que nuestros predicadores conviertan la melodía de la lengua en monótona salmodia, acentuando de una manera exagerada é iracunda, y nuestros actores pasen de la más campanuda solem-

nidad al tono más pedestre y prosaico, y otro hecho curioso, el que se puedan contar por los dedos pulgares los buenos lectores y el que los mejores no sepan desprenderse de la canturía? ¿No le parece al Sr. Barbieri que esto revela en la lengua escasez de facultades musicales y de riqueza de sonidos, ya que para *elevarla* se necesita *hincharla*, como á los globos?

*
* *

En la bella contestación de Marcelino Menéndez y Pelayo—que fué una calurosa apología, casi un poema ditirámico en honor del académico recibido—cogí al vuelo dos ó tres afirmaciones que me parecen un tanto extremosas, eco de la vehemencia apasionada que domina en el carácter del sapientísimo escritor. Yo creo que no es Barbieri el único representante de la transformación del canto popular en música dramática. Aunque Chapí no hubiese creado más que dos joyas, *La Bruja* y la *Serenata morisca*, habría que saludar en él al finísimo intér-

prete del regionalismo en el arte musical. Tampoco sería justo prescindir del popular y fresco Chueca, cuya música lleva motas de barro callejero, y quizá podría yo añadir á éstos y á otros nombres, aquí muy conocidos y estimados, los de algún modesto artista de mi región, el maestro Pascual Veiga, autor de la divina *Alborada*. Los catalanes hablarán de su Clavé, aquel en cuya tumba, en el cementerio de Barcelona, las notas de la melodía que forma el epitafio son flores silvestres. Este movimiento, "expansión misteriosa del genio nacional", no puede personificarse en un solo hombre: se debe á una pléyade ó legión. Esto no tiene que ver con la rica biblioteca que ha sabido reunir el Sr. Barbieri, ni con lo que llegue á ser de su anunciada *Historia de nuestra música y teatro popular durante el siglo XVIII*.



CARIDAD DE LOS AMERICANOS

Y ESPAÑOLES RESIDENTES EN AMÉRICA

En el mes de Septiembre, al saberse la terrible noticia de las catástrofes de Almería y Consuegra, y á ruegos del gobernador de Toledo, Sr. Baamonde, dirigí una breve y apremiante carta, que insertó *El Imparcial*, á los españoles residentes en América, y sobre todo á los gallegos, estimulando su caridad á fin de que enviasen socorros. Mi carta llegó tarde para el primer arranque de la incansable generosidad de nuestros compatriotas y hermanos de América: los telegramas habían provocado ya subscripciones y donativos sin cuento. No por eso mis palabras fueron estériles, pues desde Enero y en diferentes plazos he recibido las siguientes cantidades:

1,376 pesetas y 20 cts. de Montevideo,